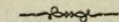


ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto segundo. La lámpara está encendida. Es de noche.



ESCENA I

LA ABADESA.—AGUILAR.

LA ABADESA. ¿Qué pasa, Aguilar? El son
Fúnebre de las campanas,
Ronco ruido de atambores,
Gritería destemplada,
Luces tristes y rojizas
Que la negra noche aclaran:
Todo vago cual rumor
De la tormenta lejana,
Como truenos que se pierden

Y relámpagos que pasan;
Y á la puerta del convento
Á esta hora una albadada.
Dime qué pasa, Aguilar;
Mira que todo me espanta.

AGUILAR. Si algo ocurre en la ciudad,
Si hay algo nuevo, me pasma;
Que vine á las oraciones
Sin saber de nuevo nada,
Sino la sentencia á muerte
De los dos hermanos Ávilas,
La que debe ejecutarse
Cuando más pronto mañana.

LA ABADESA. Mas llamaron al porton.
AGUILAR. Sí, madre: ¡desventurada
Monja!

LA ABADESA. ¿Pero quién?
AGUILAR. La madre

Catalina: gruesas lágrimas
Empañan sus bellos ojos;
Y con sollozos del alma
El oír la causa espanto,
Y pone en el pecho lástima,
Quiere hablaros.

LA ABADESA. ¿Cómo huyó
Del convento?

AGUILAR. No sé nada;
Mas pide piedad.

LA ABADESA. No debo
Oír la: grande es su falta.

AGUILAR. Insiste mucho en hablaros.
Tal vez ella sepa....

LA ABADESA. Anda,
Y dile que éntre.

AGUILAR. (*Abriendo la puerta de la derecha*). Aquí
Para veros esperaba,
Entrad, madre Catalina.

(*Entra Catalina. Aguilar sale, diciendo:*)

Buenas noches.

LA ABADESA. Buenas hayas.

(*Al salir Aguilar, cierra la puerta*).

ESCENA II

LA ABADESA.—CATALINA.

CATALINA. (*Arrojándose á los pies de la abadesa*). Perdon.

LA ABADESA. Levántate, y cuenta

Cómo dejaste el convento,
Y qué infame pensamiento
Te sugirió tal afrenta:
Que si grande es tu pecado,
Grande es de Dios la bondad.

CATALINA. Madre, tenedme piedad;
Mirad en llanto anegado
Mi rostro; vedme sin calma
Muriéndome de dolor,
Sobre la frente pavor
Y con espanto en el alma.

- LA ABADESA. Habla.
 CATALINA. Fieros perseguían
 Los corchetes de la Audiencia
 Al de Ávila: conciencia
 Esos hombres no tenían.
 Yo quise salvarle: vi,
 Buscando un paso, esa puerta,
 Y hallando que estaba abierta,
 Con él al jardín huí.
 Los corchetes nos siguieron,
 Por la acequia nos salimos;
 Pero desgraciados fuimos,
 Y en el puente nos prendieron.
- LA ABADESA. ¡Una fuga con un hombre!
 No puede permanecer
 La hija de Lucifer
 En el claustro.
- CATALINA. No os asombre
 Mi audacia ni mi delito,
 Que allá en época distante
 Fué el de Ávila mi amante.
- LA ABADESA. ¿Qué dices? ¡Cielo bendito!
 Sacrilegio, corrupcion,
 Lascivia, torpes amores,
 Labios perjuros, traidores,
 Infamia, profanacion.
 Sal al punto.
- CATALINA. Magdalena
 Lloró á los piés de Dios mismo,

- Y Él la sacó del abismo.
 Oíd, madre: ¡sois tan buena!
- LA ABADESA. Habla.
 CATALINA. Presa me tomaron
 Los alguaciles.
- LA ABADESA. Bien hecho.
 CATALINA. Y con la muerte en el pecho,
 Al palacio me llevaron.
- LA ABADESA. ¿Al palacio?
 CATALINA. De mi padre
 Nunca supe ántes el nombre:
 Decírmelo, no os asombre,
 No quiso jamas mi madre.
 Iba oculto á visitarme,
 Y quién era no sabía:
 Si á preguntar me atrevía,
 Nunca quiso contestarme.
 Aquí, lleno de furor,
 En la mano el duro acero,
 Le vi delirante, fiero.
- LA ABADESA. ¿Y quién es?
 CATALINA. Tan gran señor,
 Que puede todo.
- LA ABADESA. Hija mía,
 Siéntate: dime tu duelo;
 Hallarás en mí consuelo;
 Cuéntame.
- CATALINA. Muy largo el día
 Transcurrió; la noche vino:
 Sola en una estancia oscura,

Un siglo se me figura
 Que pasó, pues no adivino
 Cuánto tiempo fué. El baluarte
 Era mi prision: la luz,
 Por una reja de cruz
 De la pared en la parte
 Alta abierta, se escurría,
 Para hacerme más patente
 Que sobre mi oscura frente
 Por fuera alumbraba el día.
 Por la noche un carcelero
 Me llevaba de comer,
 Y no le volvía á ver
 Hasta otro día. Severo
 Mi padre esta noche entró,
 Y de parte de la Audiencia
 Me hizo saber la sentencia
 Que contra mí pronunció,
 Por la cual se me destierra
 Á un convento de Sevilla;
 Que parta con la flotilla,
 Y que abandone esta tierra.
 Salió, y despues of
 Por de fuera ruido extraño.
 Pude alcanzar por mi daño
 La cruz de la reja. Vi
 Con terror, cómo á gran priesa
 La plataforma espantosa
 Levantaban.... pavorosa
 La multitud.... fila gruesa

De ginetes.... el tablado
 Negro, lúgubre, terrible....
 Y sobre él impacible
 El verdugo enmascarado.
 Un hombre subió ¡oh fiereza!
 Humilde se arrodilló,
 Y el verdugo le cortó
 De dos tajos la cabeza.
 Miré despues, caballero
 En una mula, llegar
 Á otro reo; le oí rezar
 Con dos dominicos: fiero
 Alzó el verdugo la espada,
 No pudo el cuello romper,
 Tres veces la hizo caer,
 Estaba en sangre empapada.
 Al cabo rodando vi
 Por las tablas la cabeza:
 Rugió el pueblo con fiereza,
 Y sin sentido caí.
 Al recobrar la razon,
 Sacudí tanto la puerta
 Que logré mirarla abierta.
 Grande era la confusion
 En palacio: en un momento
 Bajé y encontré salida;
 Me hallé en la calle perdida,
 Y di al fin con el convento.

ESCENA III

DICHAS.—ALDONZA.

(Aldonza entra por el fondo, y se para escuchando).

CATALINA. (Continuando). Y tengo en el alma espanto,
 En el corazon dolor,
 En la conciencia pavor,
 Y en los ojos ira y llanto:
 Que al mirar su cuerpo inerte,
 Y rodar su rostro altivo,
 Me parece que ya vivo
 Con la vida de la muerte.
 Y me finje mi afliccion
 Que hasta el cielo se derrumba,
 Que es este claustro una tumba
 Y es el mundo un panteon.
 Y no tengo ya ni enojos
 En el corazon, ni vida
 En el alma adormecida,
 Ni ardiente llanto en los ojos.
 Soy un cadáver que ve....
 Y que habla.... y no se muere....
 Un sér que ser ya no quiere....
 Y que solamente fué.

ALDONZA. (Aparte). ¡Pobre mujer!

LA ABADESA. Piensa en Dios.

CATALINA. Ya no tengo pensamiento.

LA ABADESA. ¿No sientes su fe?

CATALINA. No siento

Nada ya.

LA ABADESA. ¿Mas esos dos
 Infelices que á las manos
 Del verdugo sucumbieron,
 Dime, hija, quiénes fueron?

CATALINA. Los Ávilas.

ALDONZA. (Lanzando un grito). ¡Mis hermanos!

(Se oye una aldabada).

LA ABADESA. Otra vez suena la aldaba.

ALDONZA. ¡Ay Dios, me siento morir!

(Vuelve á sonar la aldaba).

LA ABADESA. Voy; que tardan en abrir.

CATALINA. Muerte, si empezaste, acaba.

(Se va la abadesa por la puerta de salida).

ESCENA IV

CATALINA.—ALDONZA.

ALDONZA. Dejadme con vos llorar,
 Porque si fueron tiranos,
 Fueron tambien mis hermanos,
 Y no los puedo olvidar.
 Sola estoy sobre la tierra;
 Que cuanto quise en la vida,
 Como pantera homicida
 En sus entrañas encierra.
 ¿Pero vos sufrís tambien?

CATALINA. Es mio vuestro dolor:
 Hay una historia de amor
 Que nos une. Fué mi bien
 En la hermosa primavera
 De mi vida, la ilusion
 De mi ardiente corazon,
 De mi alma la quimera,
 De mi voluntad el dueño,
 De mis sonrisas la luz,
 De mis pesares la cruz,
 De mis dichas el ensueño,
 Alonso.

ALDONZA. ¿Mi hermano?

CATALINA. Si.

¡Y hoy ha muerto!

ALDONZA. Tambien yo

Amé á un hombre, y se murió.

Le separaron de mí:

Acaso en remotas playas

En mí pensando gemía....

Unirme á él no podía....

¡Ay, mi nobleza, mal hayas!

CATALINA. Sí; mal haya la nobleza:

Por ella Alonso me huyó.

ALDONZA. ¡Y al morir no reclinó

En mi seno su cabeza!

CATALINA. ¡Yo la de Alonso miré

Rodando sobre el tablado!

ALDONZA. Mi tierno dueño adorado

Del mundo infame se fué.

Pero yo sé que en la gloria
 Me espera: á veces me llama;
 Dice que siempre me ama,
 Que no olvida mi memoria;
 Que galardonan su amor
 Fe celestial y constancia,
 Como la pura fragancia
 Es galardón de la flor.
 Y si del amor vencida
 Rompo los mundanos lazos,
 Me recibirá en sus brazos
 Para darme nueva vida:
 Y abandonando en el suelo
 Del cuerpo la podredumbre,
 El espíritu hecho lumbre
 Irá á seguirle en el cielo.

CATALINA. Ved que me ponéis espanto
 Con vuestro raro delirio.

ALDONZA. No hay placer como el martirio,
 Ni consuelo como el llanto.
 Venid, que quiero mostraros
 Allá en el cielo su estrella:
 Es la más grande y más bella,
 La de destellos más claros.

CATALINA. Me olvido de mi dolor
 Al oír su desvarío.
 ¡Alonso!

ALDONZA. Hermano mio
 Es; mas no me tiene amor.
 Bien vestido, galán, pulcro,

En el festin estará:
 No sabe Alonso que ya
 Aldonza bajó al sepulcro;
 Que en ese lecho de paz,
 En ósculo cariñoso,
 El cadáver de mi esposo
 Une su faz á mi faz.
(Se va llevando poco á poco á Catalina hacia la derecha del fondo).

Ven y mirarás lucir
 En la bóveda del cielo
 Sus dos ojos....

CATALINA. *(Saliedo de la escena).* Siento hielo
 Por mi cuerpo discurrir.

ESCENA V

ARRUTIA.—LA ABADESA.

(En el momento en que Aldonza y Catalina desaparecen por el fondo, entran por la puerta de la derecha la abadesa y Arrutia).

LA ABADESA. Decidme, caballero,
 En qué puedo serviros.

ARRUTIA. Mas primero
 Contestadme, señora,
 Si hay una monja aquí que triste llora
 Y que Aldonza se llama.

LA ABADESA. Quiso mucho á un villano, aún le ama
 Con inmensa ternura,
 Que más que amor es ya torpe locura.
 Tomar no quiso el velo,
 Y vivía llorando y sin consuelo,
 Hasta que supo un día
 La muerte de su amante. ¡Qué agonía
 Entónces para ella!
 ¡Qué delirar y maldecir su estrella!
 ¡Y despues qué piadosa
 De Dios el velo recibió de esposa!

ARRUTIA. ¿Le dijeron que muerto
 Era su amante?

LA ABADESA. Téngalo por cierto,
 Que yo vi los papeles
 Que le trajeron y mostran fieles
 Los dos tiernos hermanos
 Don Gil y Don Alonso. ¡En tus manos
 Sus dos almas recibe,
 Señor de cuanto nace y cuanto vive!

ARRUTIA. Pues bien; óidme ahora.
 Yo amé tambien, pasión abrasadora
 Quemó mi alma ardiente,
 Y era mi corazón volcán hirviente.
 Yo era pobre, villano;
 Pero mi fe de aliento soberano.
 Abandoné esta tierra,
 Y fuí á buscar en la espantosa guerra
 Alivio á mis pesares
 En la gloria ó la muerte. Los azares

De la ciega fortuna,
 Á mí que nombre me negó la cuna,
 Tan alto me elevaron
 Que los nobles más altos me envidiaron,
 Pues fué mi cuerpo valla
 Del rey: salvé su vida en la batalla
 Recibiendo en mi pecho
 Horrible herida. Se acercó á mi lecho,
 Y dijo cariñoso:
 "Si vives, te haré noble, poderoso"
 De la orden de Santiago
 Eres comendador; conde te hago;
 Y muy cuantiosa hacienda
 Tendrás: cubra tu herida la encomienda,
 Qué la sangre que sale
 De tu valiente pecho tanto vale,
 Que quiero, por mi vida,
 Verla en cruz de Santiago convertida.
 Conde de los Albueres,
 Si quieres tener más, dí lo que quieres."

LA ABADESA. ¡El monarca es tan bueno!

ARRUTIA. Salvé la vida: sobre el mar sereno,
 En busca de mi amada,
 Mi nave, de los vientos empujada
 Con cariñoso aliento,
 Á Veracruz me trajo: en el momento
 Salí del puerto, ansioso,
 Sin tomar ni una hora de reposo;
 Y al llegar, sé que osados
 Se atreven á su rey los conjurados.

El rey es lo primero:
 El corazón calló, y habló el acero.
 Estaba el rey vengado,
 Yo loco de furor, desesperado,
 Pues que mi amor, mi cielo,
 Al pié de los altares tomó el velo.

LA ABADESA. ¿Aldonza?

ARRUTIA. En mi agonía,
 Recordé por ventura que traía
 Cartas para el prelado
 De México. Del rey recomendado,
 Decían: "cuanto hicieres
 Por el comendador conde de Albueres,
 Lo tendré por mi hecho."
 Lloré ante él, le descubrí mi pecho,
 Y mirad si ha cumplido,
 Pues me devuelve el bien por mí perdido.

LA ABADESA. No comprendo.

ARRUTIA [*Sacando unos papeles*]. Esta acta
 Es una relacion clara y exacta
 Del clérigo Espinosa,
 En que dice que Aldonza no es esposa
 De Dios; que al conjurarla
 Á que aceptase el velo, y al mandarla
 Que los votos hiciera,
 Calló y no respondió. De esta manera,
 Si no juró su lábio
 Monja no es, y puede sin agravio
 Del mundo ni del cielo,
 Rasgar sobre su frente el blanco velo.

LA ABADESA. ¡Pero si no es creíble!

ARRUTIA. Esta otra acta es....

LA ABADESA. ¡Es imposible!

ARRUTIA. En el acta aseguran
Cuatro monjas....

LA ABADESA. Abismóme.

ARRUTIA. Lo juran,
Que Aldonza en los altares
No pronunció los votos. Mis pesares
Van á tener consuelo.

LA ABADESA. Nunca, comendador: no rompe el velo
La engañosa mentira
De un clérigo. ¿Y las monjas? Siento ira,
Y Dios desde su trono
Ira siente también.

ARRUTIA. Hay en abono,
Del sacristan la clara
Declaracion: mirábele la cara
Curioso ó atrevido,
Y dice que los labios no ha movido
Aldonza.

LA ABADESA. Mas la mente
Pudo jurar.

ARRUTIA. Declara ella, obediente
Á la órden del prelado,
Que ni con el espíritu ha jurado.
Y manda en consecuencia
El prelado, la enviéis á su presencia,
Para unirnos piadoso
En lazo eterno ante el Señor.

LA ABADESA. Esposo
Deja de gran valía,
Por esposo cual vos.

ARRUTIA. Necia porfía:
Una silla de manos
Á la puerta la espera.

LA ABADESA. Goces vanos
Del mundo, os aborrezco.

ARRUTIA. Llamadla: quiero hablarle.

LA ABADESA (*Yéndose*). Os obedezco.

ESCENA VI

ARRUTIA *solo*.

Grande mi amor como el cielo,
Profundo como el abismo,
Fué de mi vida el anhelo,
Y por eso osé en mi duelo
Disputársela á Dios mismo.
Que si Dios por desventura
Se interpuso entre los dos,
Hoy le pido en mi locura
Que me vuelva la ternura
De mi Aldonza. No es de Dios
Amor para mí formado,
Ni sér para mí nacido;
Si para mí la ha creado
Y por él me ha abandonado;

Que me la devuelva pido.
 Él hizo nacer mi afan;
 Porque él quiso, mi pecho
 Es el cráter de un volcan,
 Y es mi amor un huracan,
 Que encontrando el mundo estrecho
 Barre todo cuanto encuentra
 Y cuanto halla hace pedazos,
 Y rompiendo santos lazos,
 Hoy en el claustro se entra
 Para traerla á mis brazos.
 Si mi amor es impiedad,
 Y si vengo de ella en pos,
 Y nos arrastra á los dos
 Espantosa tempestad,
 Es que la desata Dios.
 Él la trajo á este convento,
 Él me trajo ciego á mí,
 Él hizo nacer sediento
 Este ardiente frenesí
 Que por poseerla siento.
 Pero si es profanacion
 Atentar á esa mujer,
 Arráncame el corazon,
 Señor, ó por compasion
 Haz que no la vuelva á ver.

ESCENA VII

ARRUTIA.—ALDONZA.

(Aldonza sale por la derecha del fondo).

ARRUTIA. ¡Ella!

ALDONZA (Al ver á Arrutia retrocede espantada).

¡Jaime, Dios eterno!
 ¿Sueño de mi fantasía
 Es, ó acaso me le envía
 De sus sombras el averno?

ARRUTIA.

Aldonza.

ALDONZA.

Su voz me nombra
 Con acento sepulcral,
 Y toma forma cabal
 Ante mis ojos su sombra.

ARRUTIA.

¡Ay! mi dicha se derrumba.

ALDONZA.

Jaime, si estabas ya muerto,
 ¿Por qué tu cadáver yerto
 Se levanta de la tumba?
 ¿Cómo con ansia esperé
 Verte en mis brazos un día!
 ¡Ay, y cómo en mi agonía
 Con el alma te llamé!
 Al despertar á la aurora,
 Decía llena de gozo:
 "Siento un extraño alborozo,
 Es que Jaime viene ahora."
 Pero la noche llegaba,

Y entre nubes de arrebol
 El rojo disco del sol
 Sus fulgores apagaba.
 Y yo contenta decía:
 "La luz del sol importuna;
 Á los rayos de la luna,
 Astro de melancolía,
 Quiere llegar, eso es,
 Y á su blanco resplandor
 Quiere contarme su amor
 Arrodillado á mis piés."
 Mas las noches una á una
 Pasaron sin que llegara:
 Era sin duda muy clara
 La luz de la blanca luna.
 "Á mi triste cautiverio,
 Pensaba, quiere venir,
 Sin que le puedan sentir,
 En las sombras del misterio."
 La noche sin luna estaba,
 Lleno de estrellas el cielo,
 Lleno de rosas el suelo,
 ¡Y mi Jaime no llegaba!
 "De las estrellas el fuego
 Será mucho resplandor....
 Manda tinieblas, Señor....
 Que el mundo esté sin luz, ciego...."
 Espantosa oscuridad
 En los aires se cernía,
 Y pavorosa rugía

Iracunda tempestad.
 "Á venir va," dije ansiosa;
 Y me pareció escuchar
 De su corcel el trotar.
 Era la voz cavernosa
 Del trueno que retumbaba
 Atronando el horizonte,
 Y tras del lejano monte
 Con fragor se despeñaba.
 Y ya no pudo venir,
 Que un relámpago rasgó
 Las tinieblas, y empezó
 La tempestad á lucir.
 Pues no puede su capuz
 Guardar la sombra un momento;
 Que siempre en el firmamento
 Está Dios, y Dios es luz.

ARRUTIA.

Aldonza, mírame: soy
 Tu Jaime, tu tierno esposo.
 Mi bien, estás más hermoso:
 Te miro más bello hoy.
 Es que perdió el cuerpo humano
 Su materia y podredumbre,
 Y brillas ya con la lumbre
 De la eternidad. Tu mano
 Está temblorosa, fría....
 ¡Ay, es tanta la humedad
 De las tumbas!

ARRUTIA.

Por piedad
 Vuelve en tí, Aldonza mía,

ALDONZA. Deja reclinar mi frente,
 Mi Jaime, sobre tu pecho.
 ¿No has visto nunca el helecho
 Sobre el cristal de la fuente
 Columpiar sus verdes ramas?
 Al latir tu corazón,
 Columpia en su pulsación
 Mi cabeza. Dí: ¿me amas?
 Si no está tu cuerpo yerto,
 Y tiene tu pecho vida,
 Es que á tu Aldonza querida
 Amas, áun estando muerto.
 Y si los muertos sin horas
 Viven en la eternidad,
 ¿Eterno será, verdad,
 El amor con que me adoras?

ARRUTIA (*Contemplando con ternura á Aldonza*).

¿Qué eres, amor sublime,
 Que al mirar á esta mujer
 Siento que todo mi sér
 Se engrandece y se redime;
 Y sacudiendo el vestido
 De carne inmunda y podrida,
 Vive mi sér nueva vida
 En otro sér convertido;
 Y el alma con fuerte aliento
 Siguiendo de Dios las huellas,
 Adornada con estrellas,
 Luce como firmamento!

ALDONZA (*Como si volviera de un sueño y alejándose espantada*).

¿Quién me quiere arrebatar
 Su cariño? (*Viendo á Arrutia*) Atras, mal-
 vado.

Si es mi esposo idolatrado,
 ¿Á Jaime queréis matar?
 ¿Que está muerto? ¡Dios piadoso!
 Llevadme á su sepultura:
 Quiero dormir....

ARRUTIA. ¡Desventura!

ALDONZA. En el lecho de mi esposo.
 En el sepulcro los dos,
 El esposo con la esposa:
 Sobre los cuerpos la losa....
 ¡Y sobre las almas Dios!
 (*Pausa. Se oye una aldabada*).

ALDONZA. Quiero ver si en el Oriente
 Está brillando su estrella.

ARRUTIA. Dios mio, ¿por qué con ella
 Has sido tan inclemente?

ESCENA VIII

DICHOS—LA ABADESA.

(*Se oye otra aldabada fuera. Entra la abadesa. Aldonza se dirige á la ventana*).

ARRUTIA. Madre, preciso es sacar
 Á Aldonza.

LA ABADESA (*Aparte*). ¿Quién ha llamado?
 AERRUTIA. Á la casa del prelado
 La voy, señora, á esperar.
 En la silla puede ir
 Con Aguilar.
 LA ABADESA. Bien está.
 AERRUTIA. La razon recobrará
 Tal vez. (*Yéndose*). Me siento morir.

—
ESCENA IX

ALDONZA.—LA ABADESA.—CÉYNOS.—
 CATALINA *después*.

(*Aldonza permanece á la ventana, viendo hacia afuera. Céynos entra embozado, y al entrar ve para atrás*).

CÉYNOS (*Aparte*). ¿Quién será?
 LA ABADESA (*Viendo á Céynos que se descubre*). Señor
 oidor.
 CÉYNOS. Me tropezó un embozado.
 LA ABADESA. Vino de orden del prelado
 Por la madre Aldonza.
 CÉYNOS. ¿Sor
 Aldonza? ¿acaso la hermana
 De los Ávilas?
 LA ABADESA. La misma.
 CÉYNOS. ¡Venir por ella! Me abisma.
 Decid que vuelva mañana.
 ¿Y quién es él?

LA ABADESA. Es el conde
 De Albuéres.
 CÉYNOS. ¿De Albuéres?
 LA ABADESA. Sí:
 Hace poco llegó aquí
 De Castilla.
 CÉYNOS (*Aparte*). Aquí se esconde
 Algun misterio.
 LA ABADESA. Privado
 Es del rey, comendador,
 Y hombre de tanto valor
 Que le obedece el prelado.
 Así, señor, permitid
 Que mande con Aguilar
 Á sor Aldonza: tornar
 Pudiera.
 CÉYNOS. Abadesa, id;
 Y en el lugar de la hermana
 De los Ávilas poned
 Otra monja.
 LA ABADESA. Pero . . .
 CÉYNOS. Ved
 Que la justicia mañana
 Pudiera cuentas tomaros.
 De aquí la conjuración
 Salió, y hubiera razon,
 Abadesa, para ahorcaros.
 LA ABADESA. Os obedezco: allí viene
 Otra monja.
 CÉYNOS. Despachad.

(Aldonza sigue á la ventana. Céynos se sienta en el sillón junto á la mesa. La abadesa se dirige al fondo).

ALDONZA (*Aparte*). ¡Qué espantosa oscuridad

La del firmamento!

(Sale la abadesa con Catalina, y habla con ella á espaldas de Céynos, que manifiesta gran preocupación).

LA ABADESA (*Á Catalina*). Tiene

Nuestro prelado que hablarte;

Irá contigo Aguilar;

Mas con él debes callar.

Podrá tal vez perdonarte

El prelado.

CATALINA. Necesito

Recibir su bendición:

Imploraré su perdon.

LA ABADESA. Perdonará tu delito.

(Se van las dos por la puerta de salida).

CÉYNOS (*Aparte*). Siento pavor.

ALDONZA (*Aparte*). Siento miedo.

CÉYNOS (*Aparte*). ¡Qué silencio!

ALDONZA (*Aparte*). ¡Qué tristeza!

CÉYNOS (*Aparte*). Se me quiebra la cabeza.

ALDONZA (*Aparte*). Quiero llorar y no puedo.

LA ABADESA (*Volviendo*). Ya partió.

CÉYNOS. Id á traer....

LA ABADESA. ¿Á quién, señor?

CÉYNOS. Á la hermana

De Alonso.

LA ABADESA. Está á la ventana.

CÉYNOS. Con ella tengo que hacer.

LA ABADESA. Está falta de razon.

CÉYNOS. Mejor: así se dirá

Que loca se mató.

LA ABADESA (*Señalándola*). Está
Abi.

ALDONZA (*Aparte*). Calla, corazón.

CÉYNOS. Los alguaciles esperan

Tras esa puerta: llamadlos.

(Sale la abadesa, y á muy poco vuelve con el alcalde Villegas que trae una cuerda, y unos alguaciles con hachones).

LA ABADESA. Aquí están.

CÉYNOS. Idos: dejadlos;

Que con vos que hacer tuvieran.

(Se va con espanto la abadesa).

ESCENA X

CÉYNOS.—ALDONZA.—VILLEGAS.—LOS
ALGUACILES.

(Aldonza sigue á la ventana, y Céynos sentado).

CÉYNOS. Cumplid, acaalde Villegas,
Con el acuerdo secreto
De la Audiencia. Sabrá el rey
Vuestra lealtad y celo,
Puesto que siendo compadre

Del de Ávila, á prenderlo
 Fuisteis ántes que ninguno:
 Así seréis el primero
 Tambien en las recompensas,
 En los honores y premios.
 (*Siguen Céynos y Villegas fingiendo que
 hablan*).

ALDONZA (*En la ventana*). Ya brotan de las tinieblas
 Mis dos queridos luceros:
 Son dos amantes miradas
 Que lanzan sus ojos negros,
 Pues por mirarme en la noche
 Sus ojos puso en el cielo.

CÉYNOS (*A Villegas*). ¿Estáis listo ya, Villegas?
 Pues marchad, que perder tiempo
 En ningunas ocasiones,
 Y ménos ahora, es bueno.

(*Llamándola*). Aldonza.

ALDONZA. Mirad, señor:
 Allá arriba me está viendo,
 Y con sus ojos me llama,
 Y estar á su lado quiero.

CÉYNOS. Vais á bajar al jardín.

ALDONZA. ¿Yo?

CÉYNOS. Con estos caballeros.

(*A Villegas*). Venid, Villegas, al punto
 Que esté muerta.

VILLEGAS (*A Céynos*). Pronto vuelvo.

ALDONZA. Vamos, recogeré rosas
 Para adornar mis cabellos:

Hoy vino y puede volver,
 Y estar muy bella deseo.
 Para ver si estoy hermosa,
 Me miraré en el espejo
 De la fuente: esos hachones
 Me darán luz. Vamos presto;
 Que quiero ornada de lirios
 Subir á besarle al cielo.
 (*Sale con el alcalde y con los alguaciles por
 la izquierda*).

ESCENA XI

CÉYNOS.—ARRUTIA *despues*.

CÉYNOS. Ávilas, ya mi venganza
 Está cumplida, por Dios:
 Tanto mi poder alcanza,
 Que en el cadalso los dos
 Moristeis decapitados;
 Vuestros rostros macilentos,
 En la picota enclavados,
 Serán burla de los vientos;
 Y porque no tengáis calma
 Ni en el cielo, vais á ver
 Á vuestra hermana del alma
 Morir. ¡Infeliz mujer!
 Mas no es justo que me aflija,
 Ni lllore con su dolor:

¿Pues no le robó á mi hija
El vil Alonso el honor?
Si más que la vida vale
El honor, y yo á su hermana
La mato, ganando sale
En el cambio.

(Céynos se ha acercado á observar por la ventana).

ARRUTIA *(Entrando, aparte)*. ¡A la ventana
Un hombre, y desesperado
De esperar á Aldonza yo!
Ó del claustro no salió,
Ó es que me engaña el prelado.

(Dirigiéndose á Céynos). Caballero.

(Céynos se vuleve sin separarse de la ventana, y le reconoce).

CÉYNOS. ¿Cómo aquí
Á tal hora? Dí: ¿qué quieres?
¡Esa venera! ¿El de Albuéres
Eres acaso tú?

ARRUTIA. Sí.
Nombre no me dió mi padre;
Mas tengo tal, no os asombre,
Que puedo poner mi nombre
En la tumba de mi madre.

(Céynos mira con inquietud por la ventana).

CÉYNOS. ¿Mas qué buscas?

ARRUTIA. ¿Qué miráis
Por la ventana?

CÉYNOS *(Muy turbado)*. Yo.... nada....

ARRUTIA. La faz tenéis espantada.

CÉYNOS. No....

ARRUTIA. ¡Qué pálido que estáis!

CÉYNOS. Vete.

ARRUTIA *(Acercándose)*. No, que quiero ver.

CÉYNOS. Vete.

ARRUTIA *(Cerca de la ventana)*. ¿Mas qué estoy mirando?
Infames: ¿pues desde cuándo
No es sagrada una mujer?

(Céynos se ha retirado de la ventana, y está cerca de la puerta de la izquierda por donde se llevaron á Aldonza).

Señor, dejadme volar
Á socorrerla.

CÉYNOS *(Interponiéndose)*. Imposible.

ARRUTIA *(Yendo á la puerta)*. Dejadme, que esto es horrible.

Voy....

CÉYNOS *(Cubriendo la puerta con su cuerpo)*. No se puede pasar.

Lo manda en nombre del rey
La Excelentísima Audiencia.

ARRUTIA. Pero el rey tiene clemencia.

CÉYNOS. Mas no la tiene la ley.

(Vuelve Arrutia á la ventana, ve con fijeza, y dice con espanto):

- ARRUTIA. ¡Es ella! ¡si no lo creo!
¿No sabéis que ella es mi amor?
- CÉYNOS. Sólo sé, comendador,
Que esa mujer es un reo
De lesa magestad.
- ARRUTIA. Vana
Porfía; salvadla.
- CÉYNOS. No:
La Audiencia la condenó;
Es de Alonso Ávila hermana.
- ARRUTIA. ¿Y de Gil? Abridme paso
Por el alma de mi madre.
(*Se dirige á la puerta.*)
- CÉYNOS. Mata primero á tu padre.
- ARRUTIA. ¿Y tuve yo padre acaso?
Dejadme, por Dios, la puerta;
Ved que la rabia me abrasa.
- CÉYNOS. Antes mi pecho traspasa.
- VILLEGAS (*Entrando*). Doña Aldonza está ya muerta.

(*Ataviésa con los alguaciles la escena, y salen por la puerta de la derecha.*)

ESCENA XII

CÉYNOS.—ARRUTIA.—CATALINA *después.*

- ARRUTIA. ¡Muerta! ¿Y aún vivos están
Sus matadores y vos?
- CÉYNOS. Era justicia de Dios.
- ARRUTIA. No: venganza de Satan.
Pára, pára, pensamiento....
Palabras voy á rugir
Que no quiero proferir....
Huracan, calma tu aliento....
Corazon, tu rabia calma....
Calmad la furia, mis manos....
¡Y yo ciego: eran hermanos!
Calma tus delirios, alma.
Manos, alma, corazon,
Palabras y pensamiento,
Suspended por un momento
De mi fiebre la erupcion,
Que al reventar el volcan
Pudiera ser parricida,
Pues ruge mi infame vida
Con furores de huracan.
- CÉYNOS (*Viendo entrar á Catalina*). ¿Cómo? ¿tú aqui?
- CATALINA. Me llevaron
Á ver al prelado, y luégo
Que supo quién era, ciego
De furor me arrojó.
- ARRUTIA (*Aparte*). ¡Osaron
Burlarme!

CATALINA (*Yendo hacia Céynos*). Ampárame, padre.

ARRUTIA (*Interponiéndose*). Detente.

CÉYNOS. ¡Cielo divino!

ARRUTIA. Este hombre es el asesino
De tu desdichada madre:
Él la mató de dolor.

CÉYNOS. Calla.

ARRUTIA. No te dió su nombre;
Y te hallaste con un hombre
Que te dejó sin honor.
Tampoco quiso inhumano
Darne su nombre ¡ay de mí!
Por eso á Aldonza perdí.

CATALINA. Decid quién sois.

ARRUTIA. Soy tu hermano.

Gemelos, quiso la suerte
Que á dos Ávilas amáramos,
Y que juntos los lloráramos
En los brazos de la muerte.
¿Y sabes quien los mató?

CATALINA. ¿Quién fué el verdugo inhumano?
¿Quién fué el matador, hermano,
Para aborrecerle?

CÉYNOS. Yo.
Si fué lealtad al rey,
Si fué venganza ó castigo,
El fiero instante maldigo
En que cumplí con la ley.
Perdon, hijos.

ARRUTIA. Nunca padre

Tuve.

CATALINA (*Suplicante y abrazándose á Arrutia*). ¡Her-
mano!

CÉYNOS (*Cayendo de rodillas al lado opuesto de Catali-
na*). ¡Por favor,

Perdon!

ARRUTIA (*Erguido, pero sin insolencia*). Pedidlo, señor,
Sobre su tumba á mi madre.

Telon.

